

Ana Ozores y Fortunata de  
Rubín, dos casadas insatisfechas  
o la negación de la realidad

Juan José Cabedo Torres

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

## 1. Introducción

“Las mujeres saben cosas que los hombres ignoramos”, escribe William Faulkner. Esta inquietante aseveración, unida a la hipótesis de que las protagonistas de novelas escritas por varones son la proyección de lo que Goethe llamó “el eterno femenino” y Carl G. Jung “ánima”, el elemento femenino del inconsciente masculino subyace en la base del presente trabajo.

Me he propuesto comparar las andaduras de las dos heroínas estimulado por una sugerente idea de Stephen Gilman: Benito Pérez Galdós responde en *Fortuna y Jacinta* (1887) a las cuestiones planteadas por Leopoldo Alas en *La Regenta* (1884-1885). Efectivamente, las dos novelas dialogan entre sí en la mente del lector atento.

Una actitud hermana a las dos adúlteras: la negación de la realidad, y un matiz las diferencia: cada una desmiente el mundo a su manera.

## 2. La prehistoria de los personajes

Don Carlos Ozores, primogénito de un segundón del Conde de Ozores, se hace ingeniero militar y a los treinta y cinco años se casa, loco de amor, con una humilde modista italiana, honrada y pobre. La madre de Ana, cuyo nombre no se reseña, muere al dar a luz. Los padres de Fortunata también son anónimos. La conclusión, por lo simple, es obvia: la aristocracia vetustense tiene apellidos, alcurnia, pasado, memoria. El Cuarto Estado, el pueblo, no.

Ana Ozores hereda de su padre la pasión por los libros y esa irresistible tendencia a negar la realidad idealizándola que caracteriza el Romanticismo. Muerta la madre y con un padre ocupado en conspirar, Ana siente crecer en su infancia un vacío afectivo que intentará llenar con distintos sucedáneos: el roce de la mejilla con la almohada, la devoción a la Virgen María, la amistad con el Magistral, el adulterio con Álvaro Mesía. En el centro de su carácter late otra herencia romántica: su intensa sensación de singularidad espiritual.

Ana, que vive en un mundo que no se molesta en entender porque no se amolda a sus anhelos, opta por la pasividad. El personaje, que tanto añora la libertad, va pasando por distintos amos: su padre, el aya doña Camila, sus tías Anunciación y Águeda, su marido, el Magistral, don Álvaro. Vetusta y el caserón de los Ozores son la cárcel de la que intenta inútilmente volar.

Ana huye de la realidad –su verdadera cárcel– mediante la imaginación. El descubrimiento del libro, “manantial de mentiras hermosas”, es un hecho determinante en su vida. Saber leer es la primera pasión de un temperamento apasionado.

A los diez años Ana quiere huir en una barca varada. La acompaña Germán, un niño de doce años. Las calumnias sobre la torcida sexualidad de la niña hacen que Ana tome conciencia de vivir en un mundo injusto que obliga a sus criaturas a reprimir los instintos naturales bajo una gruesa capa de disimulo social. Es el momento crucial en que Ana se da por vencida antes de emprender la lucha. Actitud distinta es la de Fortunata, que luchará hasta el final para sacar adelante su proyecto vital, sus *ideas*.

Durante la infancia Ana conjura la hostilidad del medio refugiándose en sus fantasías. En la adolescencia sigue escondiéndose dentro de su cerebro. Ana llega a creer que Dios le habla personalmente a través de la naturaleza. ¿Iluminación divina o alucinación producto del desorden nervioso? Un día sube a la Hondonada de los Pinos dispuesta a escribirle poemas a la Virgen –la figura materna del cristianismo –y allí siente la presencia de lo sobrenatural. Ana es un espíritu puro que acaba aplastado como un escuerzo contra el suelo de la catedral. Fortunata, firmemente arraigada en la tierra, se va espiritualizando progresivamente merced a su incombustible generosidad. En su lecho de muerte escucha una voz del más allá que presumiblemente le susurra: “Eres un ángel”.

Tras la muerte del padre, Ana queda bajo la férula de sus tías Anunciación y Águeda, quienes la engordan para casarla. El espíritu es materia, así que la buena alimentación mitiga los desórdenes nerviosos. Ana, sumisa desde los diez años, obedece.

Ana acata las normas, pero su almita flota por encima de la especie humana, convencida de que su condena es vivir entre necios. Desechada la posibilidad del convento, va al matrimonio sin esperanzas de encontrar en Himeneo el amor ideal que han trazado en su imaginación su naturaleza exaltada y sus lecturas.

Las pocas noticias que tenemos de los ascendientes de Fortunata se las debemos a la amorosa curiosidad de Maximiliano Rubín. El padre tenía un cajón en la plazuela y la madre se dedicaba al tráfico de huevos. Ambos murieron cuando Fortunata contaba doce años.

Fortunata nace asociada a los huevos y vivirá vinculada a ellos. Su seductor, que en la Universidad freía huevos en la clase de Metafísica por broma de señoritos, la encuentra a la puerta de su casa comiendo un huevo crudo. El huevo es el símbolo de lo potencial, el germen de la generación, el misterio de la vida, la inmortalidad. Es natural que Fortunata, contemporánea diosa de la fecundidad nazca y viva vinculada a ellos. Ana, por su parte, vive una existencia estéril y vacua a pesar de sus delirios de vida plena y apasionada.

### 3. La trayectoria vital

Ana, que se casó a los diecinueve con un hombre de cuarenta y pico, inicia su peripecia novelesca en la catedral, cuando cuenta con veintisiete años, y en la catedral concluirá la novela tres años después. El círculo, la figura geométrica que parece preferir la vida para desarrollarse, también conforma la trayectoria de Fortunata, que inicia y termina su andadura en el mismo lugar: la Cava de San Miguel. Una muchacha anónima se asoma a la escalera de la Cava de San Miguel. Está comiendo un huevo crudo mientras flirtea con el señorito. La muchacha termina su periplo en los pisos altos de la misma finca, donde se refugia para empollar su huevo, del que saldrá su segundo hijo, Juan Evaristo Segismundo. Luego asciende al cielo transformada en ángel. La casa, que podía haber sido castillo de amor, se convierte en prisión de la que escapa Fortunata por el portillo de la muerte. *La Regenta* se inicia en la torre de la catedral, desde la que Fermín De Pas ve a Ana leyendo un libro en el parque de los Ozores y termina unos metros más abajo, con la protagonista desmayada sobre el ajedrezado de la

capilla del Magistral.

Ana lee un libro en el parque de los Ozores porque, carente de vida propia, busca adecuar su prosaica existencia al romanticismo místico que esboza su mente. Pero Ana nunca entiende la revolucionaria aportación del Romanticismo: la superación del pensamiento mítico ha enajenado al hombre urbano de sus orígenes. La Naturaleza es un vasto organismo animado por una corriente de energía vital que al exteriorizarse en el mundo de las criaturas se ve sometida a continuas evoluciones, destinadas a llegar algún día a la síntesis de la naturaleza y el espíritu. Para ella el Romanticismo consiste en experimentar virtualmente la plenitud que la realidad le niega. Fortunata no lee, come un huevo, el principio de la vida, y escucha la voz sutil de la poderosa Naturaleza, siempre en pugna con las absurdas leyes de los hombres.

La Regenta nunca conecta con las fuerzas primordiales de la naturaleza, a saber, la sexualidad y la maternidad, lo que aumenta la distancia que separa su mundo imaginario de su mundo real. Fortunata nunca construye un mundo literario. Ella no sabe leer. El amor es su motor; su prisión, las leyes de los hombres. Fortunata siempre se considera la verdadera esposa de Juanito por su prelación y por su fertilidad. La única moral que admite es la que le susurra su naturaleza. Extremadamente sincera, nunca engañará a los demás porque nunca se miente a sí misma. Ana vive escindida entre su ejemplar vida social y su turbulenta insatisfacción interior. Fortunata nunca desarrollará –y a fe que lo intenta- la destreza social del disimulo.

Ana acaba de cambiar de confesor y en el Magistral la Regenta intuye un espíritu afín, alguien que, como ella, se eleva por encima de la vulgaridad circundante. Ana deja transcurrir la vida entre la pasividad y la derrota esperando la aparición mágica de un príncipe azul. Tras ocho años de matrimonio estéril se presenta el primer salvador: Fermín De Pas. Si Ana espera, Fortunata actúa impulsada por firmes convicciones que extrae de entre sí, de su propia naturaleza apasionada.

A pesar de la intimidad con su confesor Ana siempre guarda en secreto el único placer de su vida: la inclinación hacia Álvaro Mesía, conquistador de provincias que ella idealiza en amante romántico. Confesor y confesada se utilizan desde el principio, pero ambos disfrazan sus manejos de relación espiritual. Fermín le sirve a Ana para sentirse amada por Mesía sin riesgo de caer en la tentación, mientras que el confesor utiliza a la Regenta para experimentar una pasión sublime que le haga olvidar el fracaso de sus ambiciones. Fortunata, sin embargo, es ingenua, sincera y transparente y nunca manipula a los demás.

Ana idealiza al Magistral y a Mesía porque se idealiza a sí misma. En su caso el castigo no procede de la trasgresión de una norma sino de su propia incapacidad de nombrar primero y asumir después su sexualidad insatisfecha y su maternidad frustrada. Su fracaso no tiene su origen en la conculcación de las leyes humanas, sino en su imposibilidad de ver la realidad y aceptarla o, lo que es lo mismo, de verse y aceptarse.

## 4. La educación sentimental

La educación sentimental de la Regenta es paupérrima: entre los hombres reales que la pretenden sólo encontramos a su marido y a Mr. Brooke, un inglés tronado que le regaló la piel de tigre que yace irónicamente a los pies de su cama. Fortunata, sin embargo, conoce a multitud de hombres, aunque ni siquiera el ejercicio de la prostitución cambiará su carácter, esto es, su naturaleza. Ella seguirá siendo inocente a su manera, sincera y generosa hasta el final de sus días. A Fortunata la seduce un señorito, que la abandona embarazada de cinco meses. Entonces, por mera supervivencia se arrima a diferentes hombres, trabaja de prostituta como inmolación personal y como venganza de los que la han perdido. Tampoco las circunstancias cambian el carácter de Ana. Su idealismo la ciega al principio de la novela y la final de la misma cree ingenuamente que es posible reiniciar su relación con el Magistral. Fortunata desarrolla una intensa actividad sexual que contrasta con la abstinencia de Ana Ozores, cuya noche de bodas fue “una inútil exaltación de los sentidos”.

Fortunata se acuesta con muchos hombres pero permanece fiel a Juanito, a quien considera su marido. Ana Ozores practica la castidad forzosa, pero tiene dos maridos y un amante. Su marido legal es un pobre viejo que no se entera de nada; el Magistral se considera a sí mismo el verdadero marido la Regenta, el auténticamente ofendido cuando se publica el adulterio.

Fortunata nunca oscila, como Ana, entre dos seductores. Su amor incondicional sobrevive a las veleidades del señorito caprichoso, a la caterva de amantes y a su matrimonio con Maximiliano Rubín. Sus nupcias –ironías del destino- la convierten en adúltera ante las leyes de los hombres y en bígama según los dictados de su naturaleza. Es la intuición genial de Galdós, la respuesta a la novela de su amigo.

Ambas heroínas dependen de los hombres. Ambas carecen de la educación vigorosa que les capacite para llevar una vida independiente. Obviada la posibilidad de trabajar, los caminos se bifurcan ante la joven Ana Ozores: uno conduce al convento; el otro acaba en el matrimonio. Dos caminos se abren ante Fortunata tras su encuentro con Maximiliano: el matrimonio con un hombre que no lo parece o la vuelta a la prostitución. Ana, vencida tras las calumnias suscitadas por el episodio de la barca de Trébol, se casa con un hombre notablemente mayor y finge virtud y honestidad. Todos la consideran la perfecta casada. Fortunata se casa con Maximiliano pero nunca simula sentimientos que no tiene. Su proverbial sinceridad le llevan a confesar a su futuro cuñado, el sacerdote Nicolás Rubín, que si Juanito la llamara, ella volvería inmediatamente con él.

El aprendizaje amoroso de Ana es puramente literario. No ha experimentado por sí misma ni la sublime espiritualidad que le promete el Magistral ni el amor dudosamente romántico que le ofrece Mesía. Ana quiere que sus seductores la rescaten de la vulgaridad circundante y del aburrimiento. Quiere sentirse superior, singular, elevada. Ana es una romántica de folletín en un mundo que ha dejado de serlo. Fortunata no necesita salvadores. El amor es para ella el cumplimiento natural de sus instintos, los mismos instintos que Ana niega.

La naturaleza apasionada de Ana junto con la desatención emocional y se-

xual en que la tiene su marido la empujan al adulterio. Ana refrena la inclinación natural que Fortunata deja en libertad, y la disfraza de espiritualidad con el Magistral y de amor eterno con Mesía. Ana es la pasividad de quien espera que otros le regalen una vida pergeñada sobre modelos librescos. Fortunata es la acción que lucha por sacar adelante un proyecto vital que no lee en los libros porque ya está escrito en su propio ser.

Fortunata ama incondicionalmente, ama como una leona. Ana, a pesar de lo que ella misma cree, es demasiado egocéntrica para amar. Ana, que siempre está huyendo, se proyecta sobre la realidad para que ésta refleje sus sublimes anhelos. Si ella se aburre, todos deben aburrirse. La naturaleza y los objetos le mandan mensajes y el mundo se organiza al compás de sus emociones. A Ana le hablan hasta las tazas de café y los puros medio consumidos. Lo que ella cree espiritualidad no es más que la estrechez de su ego. Su inacción es pasmosa: Ana no mueve un dedo para cambiar una vida que no le gusta porque espera que los demás se la cambien por arte de birlibirloque. Fortunata en cambio, nunca pasa por el aro, siempre lucha por sus ideas, persigue sus sueños y acaba consiguiendo lo que pretende.

En la terminología de George Lukács, Fortunata encarna la novela del idealismo abstracto, que presenta al individuo como portador de una exigencia utópica a la realidad, exigencia tan estrecha que la realidad siempre acaba por oprimir y aplastar al individuo. Ana Ozores ilustra un segundo tipo de novela, “la novela del romanticismo de la desilusión”. El individuo, derrotado por la realidad, toma esta derrota como fundamento de su actitud subjetiva: anhela lo que debe ser al tiempo de que está persuadida de la vanidad de este anhelo.

## 5. Los proyectos vitales

Durante su reeducación en las Micaelas, Fortunata engendra las *dos ideas* que serán el Norte de su actuación: igualarse a Jacinta en honradez, o que la esposa legal sea tan perdida como ella, y demostrar que ella es la verdadera esposa de Juanito porque es fértil. No son ideas librescas, son ideas que saca *de entre sí*. La imaginación de Ana Ozores, que le hace vivir en un mundo delirante desconectado de la realidad, se alimenta de libros. La de Fortunata, más moderada, se nutre de sus propios instintos.

Tras ocho años de matrimonio estéril, Ana se propone recuperar el tiempo perdido, pero sólo de puertas adentro, sin transgredir las normas del decoro social. A los veintisiete años Ana decide amar. Fortunata tiene una vida de verdad firmemente anclada en la realidad. Ana Ozores sólo aspira a una vida soñada porque vive en una especie de esquizofrenia espiritual entre la realidad y el deseo que al final acaba con ella. Su transgresión es puramente interior. Este desfase entre mundo interno y comportamiento social, impensable para Fortunata, será su condena.

Ana asiste a la representación del *Don Juan* de Zorrilla y se identifica con doña Inés. Vetusta es el convento, su marido la fría regla en que había profesado hacía ocho años, Mesía es su don Juan. Comenta entusiasmada la obra con don Álvaro, a quien cree cómplice de sus sublimes sentimientos, pero para Mesía el

*Tenorio* ya sólo sirve para hacer parodias. Al día siguiente una carta del Magistral en que la cita para confesar le hace sentirse infiel. Ana se extraña de sus propios sentimientos, pero no se atreve a nombrarlos correctamente. Quien ve con nitidez la situación es Petra, la criada:

*Lo que yo me temía, los tiene a pares; uno diablo y otro santo. ¡Así en la tierra como en el cielo!* (II,16)

El cuerpo de Ana pertenece a don Víctor, su marido legal, pero su alma es de don Fermín, el esposo espiritual. Por eso Ana se siente culpable cuando ni una sola vez, durante la representación del *Tenorio*, se ha acordado de su confesor. Fermín, al día siguiente, pretende ejercer su poder prescribiéndole grandes dosis de culto externo. Ana se resiste, no quiere ser beata. Prefiere la religión interior, que puede convertir en emoción poética cuando le plazca y así derivar en ella sus carencias afectivas y sexuales.

Ana se casó con un hombre mayor que no la satisface y que la deja sola la mayor parte del tiempo. Fortunata se casa con un hombre que no puede satisfacer su sexualidad, aunque la adora. En cuanto Fortunata se entera de que Juanito vuelve a rondarla, todas las ideas “tan trabajosamente construidas en las Micaelas se desquiciaron de repente”. En su primer día de casada Fortunata sale a pasear y saborea las delicias de la recién adquirida libertad. En sus reflexiones concluye que hasta entonces ella ha sido sujeto pasivo moldeado por distintas manos. ¿No es el momento de que ella tome sus propias decisiones? Al regresar a casa se entrega a Juanito Santa Cruz que ha alquilado el cuarto contiguo. En el caso de Fortunata, las convenciones humanas no resisten el empuje de su naturaleza. Fortunata no siente remordimientos al entregarse a su amante, pues no hace sino dejarse llevar por fuerzas superiores a ellas, las mismas fuerzas que disfraza para negarlas Ana Ozores.

En el verano de 1878 Ana se entrega espiritualmente al Magistral. Es la relación erótica de dos ángeles sin cuerpo, al menos para la Regenta. Si Ana busca en don Álvaro lo inefable explicitado en amor romántico, espera de Fermín lo infinito concretado en amor místico. Fortunata, más modesta, sólo aspira a ser la esposa real de Juanito y lamenta que éste sea rico, pues ella ha nacido para hacer feliz a un albañil.

Fortunata considera que por encima de las leyes divinas y humanas está la ley del amor. Para ella la moral humana siempre se supedita a la naturaleza. Don Evaristo Feijoo intenta lo que ya han intentado Maximiliano Rubín, su hermano Nicolás, doña Lupe, las Micaelas: educar a Fortunata para que la muchacha sobreviva en la realidad. La lección es sencilla, pero choca con la idiosincrasia de la educanda: haz lo que quieras, pero guarda el decoro.

## 6. La maternidad

Cuando, siguiendo los consejos de don Evaristo Feijoo, Fortunata regresa con su marido, éste, a pesar de su manifiesta impotencia, desea tener hijos para atar a Fortunata y desgastar de paso su belleza. La situación se reproduce a la inversa en el matrimonio de Ana: la Regenta desea una descendencia que Quin-

tanar, inactivo sexualmente, no le da.

La Navidad reaviva los instintos maternos de Ana. Como Jacinta, Ana añora el hijo que la realice como mujer, el hijo que sí engendra Fortunata. Ana siempre busca actividades sustitutivas donde verter su afán de amor y su sed de sacrificios. Las lecturas románticas y la religión poetizada no son sino sucedáneos de estas emociones que sólo proporcionan la plena sexualidad y la maternidad.

El encuentro con Jacinta despierta en la señora de Rubín, carente de modelos librescos, el afán de imitación. Ana imita los comportamientos que lee en los libros. Fortunata, en las escasas ocasiones en que deja de escuchar a su naturaleza, busca sus patrones en Jacinta. También ella quiere ser un ángel y para demostrar su abnegación no duda en desear que Maxi contraiga un mal asqueroso. Cuando su marido le plantea adoptar un niño le cuesta desechar la idea, y le da vueltas a la posibilidad de procrear al mismo niño que quiso adoptar Jacinta creyéndolo hijo de su marido y Fortunata. La Regenta, aunque suspira por ser madre, nunca se plantea adoptar un hospiciario.

Ana Ozores se aplica a sí misma un argumento que no funciona con Fortunata: cuando la realidad no se adecua a nuestros deseos, no cabe sino la abnegación y la renuncia. Ana se rinde, Fortunata no, ella pelea hasta el final por lo que cree suyo. Ni la derrota ni la conformidad forman parte de su naturaleza.

Ana dejan momentáneamente de idealizar a Fermín De Pas cuando, tras el baile de Carnaval, se da cuenta de que el canónigo la quiere con amor humano, pero el choque con esta realidad no impide que siga idealizando a don Álvaro. Un año después Ana, de floja memoria, siente la necesidad de inmolarse por el Magistral, a quien acosan sus enemigos, y sale descalza el Viernes Santo tras el Santo Entierro. Después de la muerte de su marido Ana volverá a idealizar a Fermín y creará posible reanudar la relación con el marido espiritual. Su irritante ingenuidad se fundamenta en la incapacidad de aprender de la realidad y renunciar a sus delirios. Enfangada en el idealismo egocéntrico, Ana prefiere flotar en atmósferas ideales en vez de anclarse en la tierra. No hay redención para ella, ningún Mesías puede salvarla. Aunque viviera mil años seguiría cometiendo los mismos errores.

Fortunata le confiesa a Guillermina Pacheco que se casó con Maximiliano convencida de que podía ser buena. No contaba con que el otro volviera a buscarla. Ella no habría sido mala –le dice a la santa– si el que considera su verdadero marido no la hubiera abandonado *cambrí* de cinco meses. La idea que le ronda la cabeza desde su paso por las Micaleras nace lingüísticamente en casa de la *rata eclesiástica*: la esposa que no da hijos al marido no vale. La *idea* de Fortunata nace directamente de su vientre. Ana es incapaz de engendrar una idea propia; todas las toma prestadas de los libros.

Cuando al día siguiente Juan la llama desde un coche, Fortunata duda un par de segundos y asume su destino: “Dios me ha hecho así, ¿qué culpa tengo yo?”. “Aunque me pegaras, te querría siempre”, le dice a su amante.

Un año después de alejarse de Fermín porque intuye en el confesor la carnalidad del amor humano, Ana toma la decisión de salir descalza en la procesión del Viernes Santo. Durante la Cuaresma, en la novena de los Dolores, se ha visto a sí misma transfigurada en Dolorosa a los pies de un Magistral crucificado por

sus enemigos, pero mientras camina descalza por las calles de Vetusta piensa que es una loca. Es un nuevo momento de lucidez que le hace darse cuenta de que el Magistral la ha utilizado para mostrar que es el verdadero amo espiritual de Vetusta. La fe ortodoxa se derrite dentro de su alma. Atrapada en los vaivenes emocionales de su enfermedad, la inestabilidad de la Regenta contrasta con la firmeza interior de Fortunata, cuyas oscilaciones tienen siempre un agente externo: la inmadurez emocional de Juanito.

Tras la procesión Ana sufre una crisis similar a la de marzo de 1878: se le hace migajas el cerebro y pierde la conciencia de su unidad. La crisis de marzo fue tratada por Fermín con grandes dosis de culto externo; ésta la ataca Benítez, un joven médico, con un plan higiénico que incluye alimentación sana, ejercicio, baños, cambio de vida, distracciones, aire libre, alegría, emociones tranquilas en el campo. Benítez cree que el carácter extremoso de Ana precisa mucha acción. La inactividad y el aburrimiento son sus males. En mayo el matrimonio se encuentra en el Vivero. Ana se ha reconciliado con la vida, lo que prepara el triunfo del otro pretendiente. Fortunata, en Madrid, no necesita tratamientos higiénicos ni vacaciones en el campo para sentirse naturaleza.

En el Vivero Mesía, su nuevo *hermano del alma* le habla de amor a una mujer “que sentía las emociones de los quince años al frisar los treinta”. Ana se entrega espiritualmente a don Álvaro. La entrega física tendrá que esperar a noviembre, cuando se cumpla en ciclo y termine el buen tiempo en Vetusta. En noviembre lega el último día, la última flor, el último tren para una mujer que conoce su primer amor a los treinta años.

## 7. La redención

Mientras la Regenta se precipita hacia la tierra desde las altas regiones del espíritu, Galdós inicia el proceso de espiritualización de Fortunata con un sueño premonitorio de Maxi, cada vez más ido. El marido sueña que se le aparece un ángel y le dice que no debe tener celos porque su mujer está preñada del Pensamiento Puro. La idea se convierte en obsesión recurrente y en noviembre le dice a su mujer: “Nacerá de ti el verdadero Mesías”. Las tres casadas tienen su Mesías. El de la Regenta –don Álvaro Mesías– no la redimirá, pues Ana, sedienta de amor absoluto está incapacitada para ver lo que tiene delante: ella es una pobre enferma y su salvador un fatuo y un cobarde. Jacinta, la esposa estéril, quiso prohijar, en fechas cercanas a la Navidad, al que creía hijo de su marido y Fortunata, pero resultó ser un falso Mesías, pues el verdadero *Pitusín* había muerto. El verdadero Mesías intuido por Maxi, el segundo hijo de Fortunata y Juanito, redimirá a las dos esposas liberando a Jacinta de la dependencia de su marido y transformando a Fortunata en un ángel.

Preñada de su segundo hijo, Fortunata abandona el hogar marital, irónicamente situado en la calle Ave María y regresa a la Cava de San Miguel, el edificio donde principiaron sus desdichas. La vida, que como la Fortuna tiene que- rencia por las formas curvas, se reinicia en ella y ella regresa a sus orígenes transformada por la experiencia vital. Es el ciclo de la naturaleza: las hojas secas caen del árbol de la vida pero la naturaleza alumbrará innumerables pimpollos. En

la vida los finales parecen principios.

El círculo se va cerrando. Para terminar su periplo vital Fortunata retorna al lugar de donde partió. Pero la mujer que regresa embarazada de cinco meses no es la muchacha que fue expulsada a la vida *cambrí* de veinte semanas. Su regreso es un ascenso. La tía de la muchacha vivía en el entresuelo, ahora habita uno de los pisos altos. Fortunata se acerca al cielo. Desde la ventana enrejada – su prisión que no pudo ser castillo de amor- Fortunata ve bullir la vida en la Plaza Mayor sin participar en ella. Las plantas con que adorna la casa crecen exuberantes, contagiadas de exultante fertilidad. Fortunata no pisa la calle. Se ha impuesto un retiro voluntario para recapacitar mientras empolla su huevo. Aparentemente ha dejado de luchar. Ana siente la opresión de Vetusta y cree que el caserón de los Ozores es su cárcel, pero su verdadera prisión es interior. Su incapacidad para vivir conforme a su naturaleza pasional la mantiene encadenada. Fortunata, que sí vive de acuerdo con su naturaleza apasionada, está encadenada por un agente externo: las leyes humanas que la degradan y encarcelan por amar a un hombre casado.

Cuando Petra informa a Fermín de las visitas nocturnas de don Álvaro, el Magistral, que se considera el verdadero esposo, se siente traicionado. Fortunata se considera la auténtica esposa de Juanito: ambos eran solteros cuando se encontraron, el señorito le dio palabra de casamiento, ha engendrado hijos suyos. Se plantea en ambos casos el insoluble –y antiguo- conflicto entre la ley natural y la ley moral.

Mientras los acontecimientos se precipitan a su alrededor, Ana sigue en su nube de amor literario, flotando a media altura sobre el mundo real. Su ceguera es, de nuevo, total. El choque con la realidad –su marido ha muerto, su amante ha huido- no cambia a Ana.

Ana, cuyo matrimonio fue una solución económica pues su posición social le impide trabajar, sigue dependiendo de su marido después de muerto. Frígilis tiene que arreglarle los papeles para que cobre la pensión de viudedad, que necesita para sobrevivir. Tampoco Fortunata es independiente económicamente hasta que Evaristo Feijoo le regala unas acciones que le permiten abandonar a su marido embarazada de su amante y encerrarse en la Cava de San Miguel.

Una tarde de octubre Ana sale del caserón de los Ozores y se encamina a la catedral. Una voz interior guía sus pasos a la capilla del Magistral. Ana se pregunta si es la voz de su enfermedad o el mismo Dios quien le habla, si ha sido iluminada o sufre una alucinación. Fortunata, en su lecho de muerte, sonrío y dice “soy un ángel”. También ella, presumiblemente, ha escuchado una voz, pero la de Rubín no se cuestiona su procedencia. Ella intuye que al entregar a su hijo a la otra esposa se ha igualado espiritualmente a Jacinta, “la mona del cielo”. Es el padre Nones, el confesor, quien se plantea la duda que corroe a Ana. “Nada que hacer, cabeza trastornada”, dice el sacerdote, y luego rectifica: “Dios sabrá”. De nuevo las limitaciones de Ana proceden de su interior, mientras que las restricciones a las que se ve sometida Fortunata radican en las personas de su entorno.

No hay redención para Ana. Su Mesías es pura filfa. La Regenta acaba su peripecia desmayada sobre el ajedrezado de la capilla del Magistral que remeda un talero de ajedrez sobre el que se desplazan los hombres impulsados por fuer-

zas que escapan a su comprensión. La partida ha terminado y ella ha perdido. Ana regresa a la vida con el tacto viscoso y frío de un vientre de sapo en la boca. Es su final. Vetusta no ha conseguido subsumirla en la moral provinciana, no la ha transformado. La ciudad se consuela explicitando en aislamiento físico la soledad espiritual en que siempre ha vivido el personaje. No hay redención para Ana, pero tampoco esperanza. Su vida continúa pero da igual porque nunca será capaz de ver el mundo. Tampoco puede subir al cielo. Se lo impide su egoísmo disfrazado de idealidad. Ana carece de las herramientas que propician la apoteosis de Fortunata: generosidad, sinceridad, amor incombustible.

La redención de Fortunata es irónica, sin embargo. Para ser un ángel primero ha de morir, pues su reino no es de este mundo. La muerte es su forma de huir, su forma de negar radicalmente el mundo real. Ni Ana ni Fortunata pueden vivir en la tierra. No son capaces de transformar la realidad, pero ésta tampoco las ahorma. Pero hay diferencias notables entre ambas. Fortunata cumple el ciclo vital de generación-muerte: recibe la vida y la trasmite a su hijo. Fortunata no muere, se trasforma. Fortunata muere al mundo de los hombres, donde su proyecto vital no es posible, pero continúa viviendo en su hijo, ingenuo símbolo de la deseada alianza del Pueblo con la Clase Media. Ana Ozores, sin madre, sin hijo, es un paréntesis, una existencia prescindible y estéril desde el punto de vista de la naturaleza. Fortunata se redime a sí misma y de paso redime a Jacinta, quien con el “canario de alcoba” en brazos se siente con fuerzas para encarar a su marido. El hijo común y los líos de Juanito con Aurora Samaniego han hermanado a las dos esposas. “Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapisondas no me afectan nada” le dice la de Santa Cruz a su marido, pero quien realmente es libre ahora de la dependencia marital es ella. Una esposa es libre en la tierra, la otra en el cielo. Ellas sí que reciben al verdadero Mesías.

Muerte y renovación rigen el ciclo de la Naturaleza. Todo fluye, como dice Heráclito, todo se transforma, como postulan Pitágoras y Ovidio. Según Ballester, el último amigo de Fortunata, la mente humana ha de olvidar para dar cabida a pensamientos nuevos. Una hoja se desprende del árbol de la vida, una muchacha muere, pero el árbol ni se inmuta, pues nuevos pimpollos brotan de sus ramas al amanecer. Se deslía un recuerdo, una sensación, una idea para que otro recuerdo, otra sensación, otra idea ocupen su lugar.

En el cementerio, tras visitar la tumba de su mujer, Maximiliano Rubín, el loco clarividente, reflexiona sobre el funcionamiento de la Naturaleza:

*Nosotros hacemos mil disparates y la Naturaleza nos los corrige. Protestamos contra sus lecciones admirables que no entendemos, y cuando queremos que nos obedezca, nos coge y nos estrella como el mar estrella a los que pretenden gobernarlo.*

(Parte Cuarta, VI, xi)

Maxi prefiere a Fortunata muerta porque así puede amar la imagen ideal que ha formado su mente. Es la misma negación de la realidad que practica Ana Azores. Ballester se muestra de acuerdo:

*La amaremos los dos como se ama a los ángeles*

(Parte Cuarta, VI, xi)

Ni la herencia genética ni la influencia del medio ni el peso de la educación recibida explican satisfactoriamente la vida física, mental, espiritual y social de los personajes zarandeados por fuerzas superiores e incomprensibles simbolizadas en el viento que, en el primer capítulo de *La Regenta* empuja

*Los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.*

(I, 1)

Algunos personajes terminan su andadura en la última página, otros la empiezan, pues los finales no son sino principios de un nuevo proceso. La Vida, ajena a las contingencias de los hombres sigue su ciclo inexorable de muerte y regeneración. La Naturaleza arrastra la vida de los hombres como un constante flujo transformador, como una permanente metamorfosis.

## Bibliografía

GILMAN, Stephen, "La novela como diálogo: *La Regenta* y *Fortunata y Jacinta*" NRFH 24 (1975): 438-448

*Juan José Cabedo Torres*